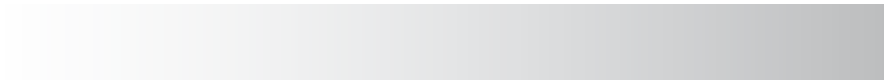


# Otros artículos teológicos



# Contextualización bíblico-teológica de algunas líneas de pensamiento de Simone Weil

Francisco Javier González Carrión, SDB<sup>1</sup>

**Resumen:** La síntesis realizada por Mercedes López-Mateo (Universidad Autónoma de Madrid) en torno a las claves del pensamiento de Simone Weil nos ha permitido contextualizar el patrimonio literario de nuestra autora en un marco referencial bíblico-teológico que pueda explicitar la intuición/convicción de fondo que subyace a sus planteamientos filosóficos. En tal sentido, resultan atinentes, como propuestas, los comentarios realizados, las citas bíblicas aducidas en relación con los aspectos nucleares de su filosofía junto a breves extractos de sus escritos. Se evidenciará, así, por ejemplo, cómo Weil tuvo durante toda su vida un horizonte utópico en la mirada, cuyo secreto más profundo fue la meditación del misterio pascual de Cristo donde se contempla que el amor, donándose sin resistencia al que lo aniquila, gana para éste la posibilidad de redención a través del perdón y deja abierta la esperanza para este mundo (Lc 23,33-34).

**Palabras clave:** malheure, desarraigo, metaxu, conversión, Encarnación, misterio pascual, Cristo

**Abstract:** The synthesis made by Mercedes López-Matteo (Universidad Autónoma de Madrid) on the keys of Simone Weil's thought has allowed us to contextualize the literary heritage of our author in a biblical-theological frame of reference that can make explicit the intuition/conviction that underlies her philosophical approaches. In this sense, as proposals, the comments made, the biblical quotations adduced in relation to the nuclear aspects of her philosophy together with brief extracts from her writings are relevant. Thus, for example, it will become evident how Weil had a utopian horizon in her gaze throughout her life, whose deepest secret was the meditation on the paschal mystery of Christ where it is contemplated that love, giving itself without resistance to the one who annihilates it, wins for the latter the possibility of redemption through forgiveness and leaves open hope for this world (Lk 23:33-34).

**Keywords:** Malheure, Uprootedness, Metaxu, Conversion, Incarnation, Paschal Mystery, Christ

1 Profesor de Sagrada Escritura en pregrado y postgrado del ITER. Doctorando en Filosofía por la Universidad Simón Bolívar (gonzalezcfrancisco@gmail.com).

## Introducción

Simone Weil<sup>2</sup>, un personaje tan significativo de la historia de la filosofía contemporánea, se deslinda de la corriente predominante de la filosofía del siglo (*rara avis*), haciendo gala de su firme determinación de volver a la filosofía griega, a los presocráticos y a Platón, desde una experiencia de conversión al cristianismo que la marcó para toda la vida e imprimió en sus pensamientos y en sus obras un sello inspirador e iluminador.

La peculiaridad del trabajo que aquí presentamos reside en el desafío que supone contextualizar el pensamiento de Simone Weil en un marco referencial bíblico-teológico que dé razón de la intuición/convicción de fondo que subyace a sus planteamientos filosóficos tan comprometidos y a sus opciones éticas tan coherentes.

Para ello nos vamos a valer de una síntesis que ha realizado la investigadora Mercedes López-Mateo<sup>3</sup> sobre los grandes ejes temáticos que sobresalen en las obras de Simone Weil. En el artículo se seleccionan párrafos de dicha síntesis en los cuales la investigadora condensa líneas clave del pensamiento filosófico de nuestra autora y, a continuación, se pasa a destacar el contexto bíblico-teológico subyacente a dichas líneas

---

2 *El único gran espíritu de nuestro tiempo*, así la llamó Albert Camus. Simone Weil nació en el París de 1909. Falleció exiliada, en Inglaterra, en 1943. De familia judía, se convierte al cristianismo (catolicismo), vive fuertes experiencias místicas, sin dejar de ser gran combatiente y activista social. Como militante de la causa obrera, denuncia los mecanismos de opresión implícitos. De su visión cristiana de la vida emerge el utopismo como propuesta. Su ética, su antropología siguen siendo muy válidas. Pese a su temprana muerte, con solo 34 años, consiguió dejar una producción filosófica que nos sigue fascinando. Compasiva, crítica, atenta y luchadora, Weil es una pensadora a la que hay que conocer.

3 Máster en Crítica y Argumentación Filosófica (docente, investigadora de la Universidad Autónoma de Madrid). Mercedes López-Mateo, “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, *Filosofía & Co.*, 29 de diciembre de 2021, <https://filco.es/10-claves-sobre-simone-weil/>

de pensamiento, todo ello para mostrar, en la medida de lo posible, hasta qué punto la experiencia de acercamiento a la fe cristiana influyó decisivamente en la orientación de sus planteamientos filosóficos.

Los primeros dos párrafos de cada apartado corresponden a la síntesis que presenta López-Mateo de los aspectos resaltantes del pensamiento de Simone Weil, seguidamente viene la contextualización bíblico-teológica de dichos aspectos. Entre uno y otro no faltarán citas explícitas de nuestra autora, generando un ejercicio intertextual que llenaría de consuelo a la misma Simone, evidenciando una vez más, después de su breve pero densa existencia en este mundo, la luminosidad y vigencia de sus reflexiones:

Si nadie se aviene a prestar atención a los pensamientos que, sin saber cómo, se han depositado en un ser tan insuficiente como yo, quedarán enterrados conmigo. Y si, como pienso, contienen verdad, será una lástima. Yo soy perjudicial para ellos. El hecho de que se hayan encontrado en mí impide que se les preste atención. (...) Me resulta muy doloroso el temor de que los pensamientos que han descendido sobre mí estén condenados a muerte por el contagio de mi miseria y de mi insuficiencia. Nunca leo sin estremecimiento la historia de la higuera seca. Me parece que es mi retrato. También en ella la naturaleza era impotente, y, sin embargo, no por ello se la excusó<sup>4</sup>.

## Malheur<sup>5</sup>

El *malheur* es la desgracia. Va más allá del dolor físico o el malestar pasajero. Se trata de un nivel de sufrimiento extremo y profundo que está presente en la vida de todo ser humano, sin excepción, y que supone un enigma para la humanidad. Es la pregunta sin respuesta de Cristo en la cruz: «Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?».

---

4 Simone Weil, *A la espera de Dios*, trad. de M. Tabuyo y A. López, (Madrid: Editorial Trotta, 1993), 62.

5 “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, numeral 1.

Simone Weil no busca dar una solución al problema que supone la existencia de desgracia en el mundo, sino apreciarla como un medio para abrirse a él: “La extrema grandeza del cristianismo procede del hecho de que no busca un remedio sobrenatural contra el sufrimiento, sino un uso sobrenatural del sufrimiento”. Debido al *malheur* nuestra alma queda vaciada y, de esta manera, dispuesta a acoger el sufrimiento del prójimo. Para Weil, esta función tiene un carácter político, pues todo ser sumido en la desgracia se encuentra invisibilizado, silenciado en nuestra sociedad. Este *malheur* está ligado a otro concepto central en la filosofía de Simone Weil, la fuerza, pues es la que, al desplegarse, provoca la desdicha.

La filosofía de Simone Weil está profundamente influida por su experiencia de fe, experiencia de conversión<sup>6</sup>. Simone Weil proviene de una familia judía, se convierte al cristianismo (catolicismo) y, a partir de su fuerte convicción creyente, un día argüirá frente a la pregunta “¿de dónde sacamos un derecho universal?”, “del cristianismo”, responderá con determinación, que predica que la Ley se consuma en el amor al prójimo, un amor que me hace prójimo, hermano de todo ser humano, y de manera paradigmática, del más vulnerable e indefenso con quien el mismo Jesucristo ha dicho identificarse:

“Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me alojaron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver”. Los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer? ¿sediento, y te dimos de

---

6 A propósito de “conversión”, los evangelios son unánimes en la importancia y centralidad que tiene el término *metanoia* para indicar lo que acontece cuando un hombre se encuentra con Jesucristo y su mensaje: un nuevo nacimiento, una nueva creación, una conversión radical del modo de ser-pensar-sentir y estar en el mundo, nueva creación. Todo ello para indicar, de algún modo, el iniciarse en la participación en una nueva adscripción, la celestial (reino de los Cielos – reino de Dios), sin dejar de estar en el mundo (Mc1,15; Jn 3,3; Mt 4,17; Lc 24,47).

beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te alojamos? ¿desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?”. Y el Rey les responderá: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25).

Weil no intenta ofrecer una respuesta al problema que suponen la existencia del sufrimiento y la desgracia en el mundo, sino valorarlo como un medio para abrirse a él, la apertura al misterio de Dios revelado en la encarnación de su Verbo, Jesucristo<sup>7</sup>, la ilumina e impele para que, una vez vaciada su alma a semejanza del que sufrió la ignominia de morir despojado de sus vestiduras en la cruz, pueda ella también identificarse y acoger el sufrimiento del prójimo, de los crucificados de la historia. Desde esta profunda convicción que ilumina sus posturas filosóficas se comprende con admiración, por ejemplo, su militancia solidaria en las luchas reivindicativas por la dignidad y libertad de todo ser humano, “creado a imagen y semejanza de Dios”<sup>8</sup>.

Por otra parte, Weil introduce en sus escritos la categoría “alma” en pleno siglo XX, sin pudor, sin vergüenza en su análisis sociológico, no solo metafísico. Por eso ha dicho en el texto que estamos comentando que “debido al *malheur* nuestra alma queda vaciada, y de esta manera dispuesta a acoger el sufrimiento del prójimo”: el alma, el único garante de la universalidad de los Derechos Humanos, el alma como principio vital. Y es que, en el campo de la filosofía, todo vuelve: el alma, principio universal y necesario, concepto primitivamente cristiano, neoplatónico, constituye la fundamentación política de la validez universal de los Derechos Humanos, el concepto de “alma cristiana” para todos.

---

7 “Y el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14).

8 “Y dijo Dios: ‘Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza, y manden en los peces del mar y en las aves del cielo, y en las bestias y en todos los animales terrestres, y en todos los reptiles que reptan por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó’ (Gn 1,26-27).

El carácter irreductible del sufrimiento, que hace que no se pueda sentir horror por el mismo mientras se le padece, tiene por objeto la detención de la voluntad, de la misma manera que el absurdo detiene la inteligencia, o de la misma manera que la ausencia detiene el amor, con el fin de que, una vez llegado al extremo de las facultades humanas, el hombre extienda sus brazos, se detenga, mire y espere<sup>9</sup>.

## La fuerza<sup>10</sup>

A este concepto le dedicará un espacio central en *La Ilíada* o el poema de la fuerza, ya que, para Weil, esta es la verdadera protagonista del poema épico de Homero. El texto en castellano se recoge en *La fuente griega*, donde explica que existen dos tipos de fuerza, aunque normalmente acostumbremos a identificar una, la más tosca: aquella que mata sin pudor y destruye al hombre.

Sin embargo, “la otra fuerza” es mucho más sutil, pues es “la que no mata todavía. Matará seguramente, o matará quizá, o bien está suspendida sobre el ser al que en cualquier momento puede matar”. En otras palabras, esta fuerza se corresponde con la potencia del mundo para reducir al hombre a una mera cosa, de convertirlo en piedra. La fuerza es capaz de que un ser con alma quede muerto en vida. Cuando la fuerza se despliega hasta el extremo y provoca la desgracia, el ser humano se encuentra completamente desarraigado del mundo.

El orden político en la Edad Media era muy estricto. Se balanceaban en forma equilibrada dos poderes: el temporal y el espiritual. Ahora bien, refiriéndose al poder espiritual, se hacía alusión al poder moral, a un orden ético y jurídico que guiaba y limitaba, contenía todo tipo de exceso y abuso descontrolado por parte del poder temporal; así,

---

9 Cfr. Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, Traducción, introducción y notas de Carlos Ortega (Madrid: Editorial Trotta, 1994), 87.

10 “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, numeral 2.

cuando el poder temporal quiso prescindir por la “fuerza” del poder espiritual, se abocó de modo indefectible a su propia destrucción y fatídica disolución. Según Weil, la primera necesidad del alma humana es el orden, orden entendido como destino universal de la humanidad, en cuanto orientada a un horizonte de valores bien fundado en la estructura antropológica del hombre que ha de verificarse en el tejido de relaciones sociales, obedeciendo al imperativo interior de no violar obligaciones rigurosas, entre las cuales ocupa un puesto central el mandamiento “no matarás”, no ejercerás la “fuerza ciega de la violencia” contra tu prójimo, tu propia carne, pues posee la misma dignidad que tú, y es tu hermano, poseedor de un alma como la tuya. Sin eticidad, pues, no hay orden; el orden de una sociedad se encuentra en su eticidad y esta es antídoto contra la amenaza permanente en el ámbito temporal de la “idolatría del poder”, “fascinación compulsiva del uso de la fuerza” para imponerse sobre los otros. También aquí es determinante la inspiración cristiana de su pensamiento: Dícele Pilato: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?” Respondió Jesús: “No tendrías ningún poder sobre mí, si no se te hubiera dado de arriba” (Jn 19,10-11). En el fondo, cuando la fuerza se despliega hasta el extremo y provoca la desgracia, verdaderamente el hombre se encuentra desarraigado tanto de sus raíces de aquí abajo como de las de arriba.

La represión marca la ausencia de un orden, de una eticidad. Una eticidad entendida como amor al bien. No hay que negar obligaciones con la excusa de otros intereses contingentes, inmediatos. La obligatoriedad de hacer el bien se impone a partir de una metafísica fundamentada en la existencia del alma como principio universal que hermana a todos los seres humanos. De allí la obligación que cada uno de nosotros tiene frente al otro, antes de hablar de derechos. En este contexto queda claro que no se trata de imposición, sino de obligación. La primera proviene de la fuerza, la segunda, de la eticidad.

La irrealidad que quita el bien al bien es lo que constituye el mal. El mal es siempre la destrucción de las cosas sensibles en las que hay presencia real del bien. El mal se opera por parte de quienes no tienen

conocimiento de esa presencia real. En ese sentido, es verdad que nadie es malvado voluntariamente. Las relaciones de fuerza conceden a la ausencia el poder de destruir la presencia<sup>11</sup>.

## El desarraigo<sup>12</sup>

Weil explica que todo ser humano, del mismo modo que tiene necesidades físicas como comer o dormir, también tiene necesidades del alma. De todas ellas, la más importante —y olvidada en nuestros días— es la necesidad de arraigo. A ello dedica su última gran obra, de 1943, poco antes de fallecer, *Echar raíces*. Estas raíces pueden tomar diferentes formas: una comunidad en la que arraigar puede construirse con base en elementos como un pasado común, una tierra compartida, una lengua o una religión, por ejemplo.

Por otro lado, en su análisis identifica varias fuentes de desarraigo en nuestra sociedad, como son el colonialismo, el fascismo de su época o la condición obrera en el sistema capitalista de producción (por ejemplo, el paro o la alienación). El desarraigo, además, se reproduce con velocidad, porque todo aquel que está desarraigado desarraiga a los demás.

En una sociedad de masas el hombre se vuelve masa, un ser fuera de la historia, desenraizado, hacinado. Por el contrario, contamos con testimonios de hombres insignes que, incluso procediendo de otras latitudes, por ejemplo, de Europa (España), como es el caso del padre Alejandro Moreno Olmedo, SDB, echaron raíces en Venezuela. Hicieron suyo el lema “allí donde te toca trabajar, debes echar raíces y fructificar, amar al pueblo donde fuiste trasplantado”<sup>13</sup>. En cambio,

---

11 *La gravedad y la gracia*, 68.

12 “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, numeral 3.

13 Investigador, venezolano por naturalización, que dedicó gran parte de sus años de vida a profundizar en la fundamentación científica de una antropología cultural del venezolano. Cfr. Alejandro Moreno, *El Aro y la trama. Epísteme, modernidad y pueblo* (Caracas: Convivium,

la ciencia moderna, la modernidad, muchas veces se presenta como una falsa tierra, porque en lugar de enraizar, desarraiga, despersonaliza, habitar en un mundo sin raíces.

En este orden de ideas, Weil analiza el nazismo y advierte en él una gran máquina de arraigar, pero contraproducente, terriblemente contraproducente, porque constriñe a echar raíces en una sola dirección, y cuando esto sucede, el proceso de enraizamiento se vuelve letal, se corrompe y enferma de muerte, la egolatría de una ideología que acaba engendrando monstruos. Por eso nuestra autora nunca olvidará, inspirada por el mito platónico del árbol de las dos raíces, que el ser humano tiene dos adscripciones, dos patrias, dos ámbitos de pertenencia y la clave está en que uno no ignore al otro, o lo descarte, sino que lo valore y sepa arraigar en ambos. El fundamento teológico de esta opción es la encarnación del Verbo que asumió nuestra condición para llevarnos a la suya, el regazo de Dios Padre (cf. Jn 1,14. 18). Pero ella descubre una clave de sabiduría: hay que elevarse al cielo para enraizarse en la tierra, aprendiendo a reconocer y valorar la dignidad humana, el alma humana, de la que es portadora todo ser humano. Es por ello por lo que el desarraigo principal, en el fondo, es el teológico, de él dependerán todos los demás: Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos el ser hijos por adopción. Y como prueba de que son hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre! (Rom 4,4-6). En efecto, si se pierde lo divino, lo suple el espíritu totalitario, la ideología política mundana. Las ideologías se convierten así en religión sin Dios que, constituidas en ídolos, acaban devorando a sus adoradores.

La tendencia de las «Luces», de 1789, del laicismo, etc., aumentaron enormemente el desarraigo mediante la mentira del progreso. Y la Europa desarraigada desarraigó al resto del mundo mediante la conquista colonial. El capitalismo y el totalitarismo forman parte de este proceso de avance en el desarraigo<sup>14</sup>.

### **Lo sagrado del ser humano<sup>15</sup>**

La persona no es sagrada, no hay nada de sagrado en ella. “Lo que es sagrado, lejos de ser la persona, es lo que en un ser humano es impersonal”. Weil pone de ejemplos de lo impersonal a la verdad y a la belleza, que son perfectas. Al igual que en la ciencia hay una parte de sagrado, gracias a su verdad, y en el arte, gracias a su belleza, nosotros también podemos llegar a nuestra parte sagrada, transitando a lo impersonal.

Pese a esta necesidad de arraigo y comunidad de la que hablamos, para poder acceder a lo impersonal necesitamos alejarnos de todo y realizar ese proceso en una «soledad moral». Esta distancia es importante para no confundir la idolatría de la comunidad con lo sagrado de lo impersonal. Cegarnos en el “yo” desde nuestra alma nos impide transitar a lo sagrado, “pero la parte del alma que dice ‘nosotros’ es todavía infinitamente más peligrosa”.

La pérdida de la fe es lo que está en juego: la pérdida de la raíz. Nos hallamos en medio de un modo de vida que empuja a no tener fe. Un mundo que obliga a ser hombres sin fe para poder sobrevivir, un mundo de masas. El mal aparece banalizado, el mal aparece de una forma mecánica, nos deshabita del tiempo. La fe, en cambio, es “certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”, según lo expresaba el apóstol Pablo (Hb 11,1). Y esta experiencia de fe acontece, por gracia, en el encuentro con Aquel que habita en la zarza (Cfr. Ex 3,1-

14 Cfr. Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, 116.

15 “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, numeral 4.

12), Yahveh, el del Sinaí, que llama por su nombre a Moisés indicándole que se acerque, pero que cuando éste se acerca, curioso para ver más de cerca aquel extraño fenómeno de la zarza que arde sin consumirse, la voz lo detiene y le indica que se quite las sandalias porque el terreno que está pisando es terreno sagrado. El Señor, a la vez que manifiesta su cercanía, también manifiesta su alteridad, su distancia: “descálzate”, la tierra que pisas no es cualquier tipo de tierra, es “tierra sagrada”.

Con toda la simbología que se halla detrás de la expresión “descálzate”, la misteriosa voz le indica a Moisés que “este no es tu dominio”, que “entras en una esfera distinta (sagrada/otra)” y “debes tomar distancia”, en definitiva, que el hombre se halla ante el *mysterium tremendum et fascinans*, no manipulable. Se le revela para confiarle una misión, una misión que le vaciará de sí mismo, de su cúmulo de intereses personales, de su zona de confort para enviarlo a vivir una existencia exódica, descentrada, no en provecho de sí mismo, sino en provecho de los demás, aquellos que son sus hermanos que permanecían cautivos en Egipto, enajenados, convertidos en mercancía del faraón; y Moisés, por querer salvarse a sí mismo, los había abandonado a su propia suerte. Ahora este encuentro transformador lo constituirá en un hombre solidario con la causa del abatido, lleno de fortaleza, sabedor de Aquel en quien ha puesto su confianza.

Es la experiencia que Simone Weil ha vivido desde la novedosa versión de su época histórica: comprender su vida como una pro-existencia, vivir proyectada hacia el bien de los otros, especialmente, de aquellos más vulnerables y menesterosos del reconocimiento de su dignidad de seres humanos, creados a imagen y semejanza de Dios, hechos hijos en el Hijo.

Seguramente, en el encuentro con los Evangelios y las Epístolas de Pablo, Weil habrá descubierto la proposición de un mundo que en la Biblia se llama Reino de Dios, mundo nuevo, nueva alianza, nuevo nacimiento, conversión... Se trata de la objetividad del ser nuevo proyectado por el texto. Esto propiamente es lo que revela la Biblia en cuanto inspirada: un nuevo tipo de mundo y de relaciones entre Dios

y los hombres/mujeres, y entre los seres humanos con la creación. Mundo nuevo que se va haciendo un camino en medio de la experiencia ordinaria (dimensión poética). Mundo que apela a nuestras posibilidades más genuinas y propias, a partir del momento precisamente en que nos damos cuenta de que “tal mundo, tal llamada no viene de nosotros”<sup>16</sup>.

Toda obra de arte tiene un autor, pero cuando es perfecta, sin embargo, tiene algo de anónima. Imita el anonimato del arte divino. La belleza del mundo, por ejemplo, es muestra de un Dios a la vez personal e impersonal, y ni lo uno ni lo otro. Lo bello supone un atractivo carnal distante y lleva aparejada una renuncia. Incluida la renuncia más íntima, la de la imaginación. A los demás objetos de deseo queremos comerlos. Lo bello es lo que deseamos sin ánimo de comérselo. Deseamos que exista. Permanecer inmóvil y unirse con aquello que se desea sin acercarse a ello. A Dios nos unimos de esa forma: sin poder acercarnos. La distancia es el alma de lo bello<sup>17</sup>.

## Metaxu<sup>18</sup>

Weil recupera este concepto de la tradición griega de la que tanto bebe. Lo presenta en su obra *La gravedad y la gracia* y literalmente significa “entre medio”. La imagen más clara para entender la función del *metaxu* es la de un puente o un muro: “Dos encarcelados en celdas vecinas que se comunican dando golpes en la pared. La pared es lo que los separa, pero también lo que les permite comunicarse. (...) Toda separación es un vínculo”.

Simone Weil entiende el mundo como *metaxu* entre el ser humano y Dios, es decir, aquello que los separa, pero que al mismo tiempo los conecta y posibilita su relación. Todo *metaxu* debe comprenderse como

---

16 Paul Ricoeur, *Du texte a l'action. Essais d'herméneutique*, II, (Paris: Collection Esprit/Seuil, 1986), 119-133.

17 Cfr. *La gravedad y la gracia*, 107.

18 “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, numeral, 5.

un medio y jamás como un fin, de lo contrario, correremos el riesgo de instalarnos en ellos. Un *metaxu* es un peldaño que nos acerca a lo trascendente, no un ídolo o una meta en la que detenernos.

Y Jesús dirá a sus discípulos en el contexto del discurso de despedida: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí” (Jn 14,6). Con esta palabra de revelación mostraba Jesús a los suyos que la meta de toda peregrinación en esta tierra es el Padre, donde él mora permanentemente, en su regazo, en su corazón, aún en su realidad histórica de Verbo encarnado (cfr. Jn 1,18). Y a través de esta experiencia que es la suya, inigualable e insuperable como Hijo, abre la vía de acceso al Padre, la comunicación con él, obteniéndonos, por pura gracia, la adopción filial para cuantos creen en él (cfr. Jn 1,13.51).

Así, pues, en cuanto verdadero *metaxu*, al modo como lo intuye Weil, el autor de la Carta a Los Hebreos reconoce en Jesús al que media, al mediador entre Dios, su Padre, y los hombres, sus hermanos, él es nuestro pontífice/puente en virtud de su sacratísima humanidad, pues “ha nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gál 4,4):

Pues de la misma manera que los hijos participan de la misma carne y sangre, también él participó de modo parecido, para reducir a la impotencia mediante la muerte a aquel que tiene el imperio de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a todos aquellos que, por miedo de la muerte, estaban sometidos durante toda su vida a la esclavitud. Porque ciertamente, no vino en auxilio de los ángeles, sino que vino en auxilio de la descendencia de Abrahán. Por lo cual debió hacerse en todo semejante a sus hermanos, para convertirse en el sumo sacerdote (pontífice) misericordioso y fiel ante Dios, para alcanzar el perdón de los pecados del pueblo. Pues por el hecho de haber sufrido y haber sido probado, está capacitado para venir en ayuda de aquellos que están sometidos a la prueba (Hb 2,14-18).

*Metaxu* en cuanto separación, según la comprensión de Weil, como aquello que nos separa, pero que al mismo tiempo nos conecta y posibilita su relación puede referirse a ese tiempo marcado por la

nueva condición que produjo la pascua del Señor introduciendo una separación entre el Resucitado y los suyos; es el llamado tiempo que media entre la pascua y la parusía del Señor; tiempo que ha de vivirse desde la aceptación del realismo de la separación, pero a la vez abiertos, a partir de ese momento, a una nueva, inédita relación con el Padre y con el Hijo, la que se establece por medio del don del Espíritu que procede del uno y del otro, y que es el Espíritu paráclito y vivificante:

Ahora vuelvo al que me envió, y ninguno de ustedes me pregunta: ¿A dónde vas?, sino que, porque les he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado su corazón. Pero les digo la verdad: les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes, pero si me voy, se los enviaré. Y cuando venga él, acusará el mundo en materia de pecado, de justicia y de condena: en materia de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me verán más; y de condena, porque el jefe de este mundo está condenado (Jn 16,5-11).

No quitarle a ningún ser humano sus *metaxu*, o sea esos bienes relativos e híbridos (familia, patria, tradiciones, cultura, etc.) que alientan y nutren el alma y sin los cuales ninguna vida humana, al margen de la santidad, es posible. Los verdaderos bienes terrenales son *metaxu*. No se pueden respetar los de otro más que en la medida en que se consideren los propios simplemente como *metaxu*, lo cual implica que ya se está camino de ese puente del que no se puede prescindir. Para respetar, por ejemplo, las patrias extranjeras, hay que hacer de la propia, no un ídolo, sino un peldaño más hacia Dios<sup>19</sup>.

---

19 *La gravedad y la gracia*, 105.

## Amor fati<sup>20</sup>

Simone Weil toma el *amor fati* del estoicismo, aunque esta idea también está presente en otras tradiciones, como la cristiana. La autora establece un paralelismo al que dedica obras como *Intuiciones precristianas* o *La fuente griega*, en las que revela una gran similitud entre ambas. El *amor fati* hace referencia a la aceptación del orden del mundo y de los designios divinos, como lo fue el “sí sin condiciones” de María en la Anunciación. La elección del ejemplo es muy importante, porque el *amor fati* se diferencia en un detalle imprescindible de lo que entendemos por resignación: la valentía de un “sí” activo.

Frente al despliegue de la fuerza que consume a toda persona sin excepción, propone respetarla y aceptarla. No obstante, esto no la convierte en una conformista. Como veíamos con el *metaxu*, toda realidad que nos obstaculiza puede servir también para avanzar. Por esa razón, Weil tuvo durante toda su vida un horizonte utópico en la mirada. El *amor fati* implica aceptar lo que es y luchar siempre por lo que debería ser. *Amor fati* en las reflexiones de Simone Weil no equivale al conocido lema de la filosofía estoica *sustine et abstine*: “soporta y aprende a soportar, sufre y abstente de toda vanidad y voluptuosidad y dirige la vida hacia la virtud porque, en fiando en otras cosas, todo es un sueño que lleva a la perdición”<sup>21</sup>.

No se trata de esto, no se refiere a resignación declaradora de amarga impotencia ante un destino fatídico; se trata de un abrazar con valentía y determinación la propia situación, el propio momento y la época en que ha tocado vivir, con sus luces y sombras, para, a partir de ella, desde ella e involucrado en ella colaborar con opciones, compromisos y activa participación en la línea de “lo que debe ser” o “está llamado a

---

20 “Diez claves para entender a Simone Weil. El único gran espíritu de nuestro tiempo”, numeral 6.

21 José María González de Zárate, *Rubens. Pensamiento estoico y pintura poética* (Bilbao: Universidad del País Vasco, 2012), 125.

ser”. Dicha posición se distancia a leguas del fatalismo (*fatum*); es más bien muy realista, pero iluminada por la esperanza y, en tal sentido, lúcidamente utópica.

Hay un episodio en los evangelios que otorga fundamento bíblico a lo que Weil comunica cuando utiliza en sus escritos la expresión *amor fati*. Se refiere a aquella situación complicada cuando los recaudadores de impuesto se dirigieron a Simón Pedro para insinuarle que también su maestro, Jesús, huésped suyo en Cafarnaum, debía pagar el impuesto. Y Jesús que se ha dado cuenta de la situación, hace reflexionar a su discípulo en torno a la carencia de fundamento último de aquella praxis opresiva; le revela el horizonte del deber ser, al tiempo que le aparta del camino del escándalo, remitiéndolo al modo misterioso que tiene Dios, su Padre, de orientar el devenir histórico; en sus palabras palpita una sabiduría que no es de este mundo, pero que sin la cual se sumerge en la tiniebla este mundo:

Quando llegaron a Cafarnaum, los recaudadores de los impuestos se acercaron a Pedro y le dijeron: “¿Vuestro maestro no paga el impuesto?” Respondió: “Sí”. Cuando entró en casa, se anticipó Jesús diciéndole: “¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?” Él contestó que de los extraños; Jesús le dijo: “Luego los hijos están libres. Pero para no escandalizarlos, vete al mar, echa el anzuelo y al primer pez que suba sácalo, ábrele la boca y encontrarás en ella la moneda precisa. Tómala y dásela a ellos por mí y por ti” (Mt 17,24-27).

En definitiva, *amor fati*, en la relectura que de ella hace Simone Weil a partir de la tradición griega y cristiana, es abandonarse confiadamente en las manos de Dios, el padre de Jesús, en la firme convicción de que su sabiduría supera todo razonamiento y lógica humanas, los trasciende y siempre en un sentido providente de bondad y misericordia. Por ejemplo, ante la inminencia de la cercanía de su pasión, su hora, Jesús expresará la angustia de todo hombre ante la proximidad de la muerte y, en su caso, la muerte violenta del justo. Se sobrepone de la turbación

y conmoción interior, solidario con todos los ajusticiados inocentes de la historia, exclama, para infundir valor y sentido a sus muertes, “Padre, glorifica tu nombre”:

“Ahora estoy profundamente angustiado. ¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al Padre que me libre de esta hora? No, pues para esto he llegado precisamente a esta hora. Padre, glorifica tu nombre”. Entonces dijo una voz del cielo: “Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo”. La gente que estaba ahí y lo oyó, dijeron que había sido un trueno. Otros decían que le había hablado un ángel. Jesús replicó: “Esta voz no ha venido por mí, sino por ustedes. Ahora es cuando va a ser juzgado este mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Decía esto indicando de qué muerte iba a morir (Jn 12,27-33).

La extinción del deseo (budismo) o el desapego —o el *amor fati*— o el deseo de bien absoluto es siempre lo mismo: vaciar el deseo, la finalidad, de todo contenido, desear en vacío, desear sin anhelo. Separar nuestro deseo de todos los bienes, y esperar. La experiencia enseña que dicha espera es fructífera. Se adquiere entonces el bien absoluto. Para todo, y más allá de un propósito concreto, cualquiera que sea, querer en vacío, querer el vacío. Porque un vacío es para nosotros ese bien que no podemos representarnos ni definir. Pero ese vacío está más lleno que todos los llenos. Si llegamos hasta ahí, estaremos fuera de peligro, porque Dios colma el vacío<sup>22</sup>.

## Conclusión

Quisiéramos concluir el presente trabajo retomando, de la cita textual precedente, la parte final: “Pero ese vacío está más lleno que todos los llenos. Si llegamos hasta ahí, estaremos fuera de peligro, porque Dios colma el vacío”. Evoca lo que dice el apóstol Pablo en la carta a los Filipenses al referirse al modo como Jesús, el Señor, lleva a

---

22 *La gravedad y la gracia*, 37.

culmen su obra redentora, a través del vaciamiento, del anonadamiento de sí mismo, y por esa vía redime a la humanidad del hundimiento en que yacía, al tiempo que hereda “un nombre que está por encima-de-todo-nombre”:

Procuren tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y, así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, ¡y una muerte de cruz! Por eso Dios a su vez lo elevó sobre todo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús doblen la rodilla todos los seres del cielo, de la tierra y del abismo, y toda lengua confiese, para gloria de Dios Padre, que Jesucristo es Señor (Flp 2,5-11).

De este modo, podemos afirmar que la síntesis realizada por López-Mateo en torno a las claves del pensamiento de Simone Weil nos ha permitido contextualizar el patrimonio literario de nuestra autora en un marco referencial bíblico-teológico que diera razón de la intuición/convicción de fondo que subyace a sus planteamientos filosóficos. En tal sentido, resultan atinentes, como propuestas, los comentarios realizados, las citas bíblicas aducidas con relación a los aspectos nucleares y los breves extractos de sus escritos.

Se ha dicho a propósito de *amor fati* que Weil tuvo durante toda su vida un horizonte utópico en la mirada, y desde la experiencia del encuentro con Cristo dicha opción se ilumina y cobra empuje vital en la meditación del misterio pascual donde se contempla que el amor, donándose sin resistencia al que lo aniquila, gana para éste la posibilidad de redención a través del perdón (Lc 23,33-34).

Por otro lado, con respecto al término *metaxu* se comentó que toda separación, en el fondo, es un vínculo. Pero donde se esclarece el horizonte verdadero del sentido del vocablo es también en la pascua del Señor que efectúa una separación sustantiva entre Jesús y sus discípulos, sin la cual no hay acceso a la vida de la gracia y a la comunicación con

el Padre a través del envío del Espíritu (Jn 15,26-27). Se trata de todo el trasfondo doloroso, dramático y desafiante implicado en la frase de Jesús a los suyos: “les conviene que yo me vaya” (Jn 16,7).

Se ha mencionado más arriba que todo ser humano, del mismo modo que tiene necesidades físicas, también tiene necesidades del alma; y que, de todas ellas, la más importante es la necesidad de arraigo. Ahora bien, la experiencia de conversión muy particular que vivió Simone Weil le concedió releer los aportes de la filosofía griega, especialmente a Platón y a los presocráticos, sin dejar de tener en cuenta la tradición occidental de la historia de la filosofía hasta sus días, con una mirada crítica, penetrante y su intenso involucrarse en la complejidad de la hora de la primera mitad del siglo XX, a la luz que dimana el “acontecimiento de la encarnación del Verbo del Padre”. A partir de este acontecimiento, descubrió en su vida y en su praxis como activista social que todo hombre posee una doble adscripción y que ambas, sin ser idénticas, se reclaman la una a la otra. Y que el arraigo primero, en atención al alma en su concepción cristiana, es el ámbito celestial, el ámbito divino, el que auténticamente posibilita el segundo arraigo, el terreno, el temporal, correspondiente al mundo. En este doble arraigo reposa la dignidad de todo ser humano y el sentido permanente de la lucha por la justicia social, entendida como todo aquello que se opone activamente al desarraigo del hombre. Es por ello por lo que el desarraigo principal, en el fondo, es el teológico, de él dependerán todos los demás.

En el mundo estaba, y el mundo se hizo por medio de él, pero el mundo no lo conoció. Llegó a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios, aquellos que no nacieron de la sangre, ni de la carne, ni de deseo de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros; y vimos su esplendor, un esplendor como de Hijo Único que procede del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,10-14).